

RICARDO RODRIGUEZ MORALES
Economista
Radio Universidad Nacional

UNA REBELDE CON CAUSA: SIMONE WEIL CRITICA LA FABRICA

No es el camino lo que es difícil, sino que la dificultad es el camino

Kierkegaard



I
scribir sobre Simone Weil es un acto temerario, pero más que una osadía es un gesto de agradecimiento. Su obra es uno de esos regalos que conmueven y que impulsan a hacerlo partícipe a los demás. Pero también es un desafío que impulsa a la acción, a la reflexión, a la adopción o al rechazo de un mensaje que busca con toda el alma esclarecer la situación del hombre y el mundo contemporáneos y encontrar las posibles salidas hacia un universo reconciliado en la justicia social, el bien moral y la belleza del mundo.

Es cierto que su pensamiento incomoda por esa rara combinación de teología y política, de crítica social y fe religiosa que asume una actitud demoledora frente a todas las ideologías, fundada en esa impalpable certidumbre que puede ser la gracia. La imposibilidad de ubicarla en cualquier "ismo" conocido al punto que ningún partido, movimiento ni iglesia puede reclamarla para sí, irrita el ejercicio clasificatorio con el que reducimos lo desconocido a lo manejable; es lo que hace desconcertante un mensaje que antes que nada da testimonio de la lucidez que exigía del intelectual y de independencia frente a los poderes establecidos sin medir las consecuencias de la acción. Su intención de "pensar desde nadie" abrumba al pensamiento acomodaticio que obliga la razón social de nuestros días donde la inteligencia se vende al mejor im-postor y la opresión crece silvestre.

En este aparente movimiento pendular y contradictorio de su pensamiento y de su obrar se perfila la figura de Simone Weil, en la que hay que fijarse para poder concebir esa libertad total con la que afirma que "hay que replantearlo todo". Las siguientes líneas no pretenden otra cosa que presentar un esbozo del pensamiento crítico social de Simone Weil, en particular su reflexión sobre el ámbito del trabajo moderno –la gran industria–, precedido de una información bio-bibliográfica que intenta ubicar su vida y su obra en el siglo XX que la vio nacer y morir.

1. FORMACION INTELECTUAL

El lenguaje es el lugar de la atención

S. W.

Simone Weil nació en París el 3 de febrero de 1909, justo hacia el final de una época en la cual Francia se dividió virtualmente en dos a causa del "caso Dreyfus" que puso de presente las profundas raíces del antisemitismo en la burguesía de esa nación. Segunda descendiente del matrimonio del prestigioso médico Bernard Weil y de Selma Reinherz, ambos judíos no ortodoxos. Su hermano André, nacido en 1906, llegaría a ser un matemático famoso que en su infancia fue considerado como niño prodigio comparado muchas veces con Pascal. De vuelta a París al término de la guerra, Simone cursa estudios en el Liceo Fénelon. A los quince años se encuentra estudiando intensamente a los clásicos y aprende filosofía en el Liceo Víctor Duruy. Al año siguiente es alumna, en el Liceo Henri IV, del distinguido filósofo Alain, seudónimo literario de Emile-Auguste Chartier, donde se prepara para el ingreso a la Escuela Normal. La clase de Alain es un taller donde los jóvenes aprenden a pensar, a leer y escribir, y en el que "el maestro enseña la importancia de la duda y de la oposición constante", como lo señala Madeleine Davy en su biografía de Weil. Este gusto por la interrogación es importante tenerlo en cuenta al enfrentar los escritos de Simone Weil, en los que nunca llega a una conclusión definitiva sino que permanece en la actitud que Gabriel Marcel da en llamar una "disponibilidad espiritual" en permanente búsqueda.

Como es sabido, la *École Normale Supérieure* es la institución de su género más prestigiosa de Francia. Allí se encontraba matriculado ya Jean-Paul Sartre cuando Simone Weil presenta su examen general de filosofía en 1927. Weil ocupa el primer lugar en el certamen, equivalente al grado de Maestría, seguida por Simone de Bouvoir y Maurice Merlau-Ponty, quien concursa bajo el seudónimo de Jean Pradelle¹. Fue allí, como estudiante, donde Simone Weil empezó a convertirse en la personalidad crítica y política que sería por el resto de su vida. Leyó a Marx y llegó a admirar sus ideas históricas, sociales y económicas, pero también estuvo en desacuerdo con él y no propiamente por cuestiones religiosas, las que le ocuparían sus últimos años, sino por una actitud independiente —precoz y obstinada— que la llevaba a

polemizar con vivos y muertos. Aunque en la lucha se consideraba pacifista, protestó en las calles ante el ascenso de Hitler, y con más ahínco tras los hechos de Munich. Unió, asimismo, su entusiasmo y sus luces a la causa de los sindicatos franceses, la clase trabajadora y los pobres, golpeados duramente por la gran depresión que estremecía al mundo capitalista y que parecía convertirse en una situación permanente.

A los veintiún años Simone Weil termina la redacción de su tesis de grado sobre el tema "Ciencia y percepción en Descartes", con la que culmina sus estudios superiores. En el otoño de 1931 comienza su actividad docente como profesora de filosofía en el Liceo de señoritas de Le Puy, cerca de Lyon. Allí se alió con los desempleados de la ciudad, encabezando una manifestación ante el ayuntamiento. El hecho produjo gran revuelo en la localidad y fue reseñado por un periódico conservador que se refirió a Simone Weil como una "virgen roja de la tribu de Leví, portadora de los evangelios moscovitas"². A pesar de las presiones de sus alumnas y de los padres de éstas, fue trasladada a Auxerre, cerca de París, también a un liceo femenino. Ante su negativa a impartir una educación memorística y repetitiva y por su iniciativa de estimular el pensamiento y la imaginación de sus jóvenes alumnas, a quienes quería transmitir sus pasiones clásicas, entra en contradicción con las directivas del plantel; por esta razón la encontramos en 1933 de vuelta a la región de Lyon, esta vez en Roanne, enseñando de nuevo en un liceo para señoritas. En esta ocasión no fue sólo su enseñanza lo que le acarreo problemas, sino que fue tildada por sus colegas de izquierdista peligrosa por su participación en la Marcha de los Mineros, una protesta en gran escala realizada en *Saint-Étienne* contra el desempleo y la reducción de los salarios obreros. Resulta innecesario decir que sus convicciones políticas, que manifestaba sin el menor cuidado por las conveniencias profesionales o mundanas, le ocasionaron las muchas dificultades que acogía con sublime desdén. Cuenta su amigo Gustave Thibon que a un inspector general que la amenazaba con sanciones que podían llegar hasta la cesantía, le respondió sonriendo: "señor inspector, siempre he considerado la cesantía como la coronación natural de mi carrera"³.

1. John Gerassi, *Jean-Paul Sartre: La conciencia odiada de su siglo*, Grupo Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1993, p. 174.

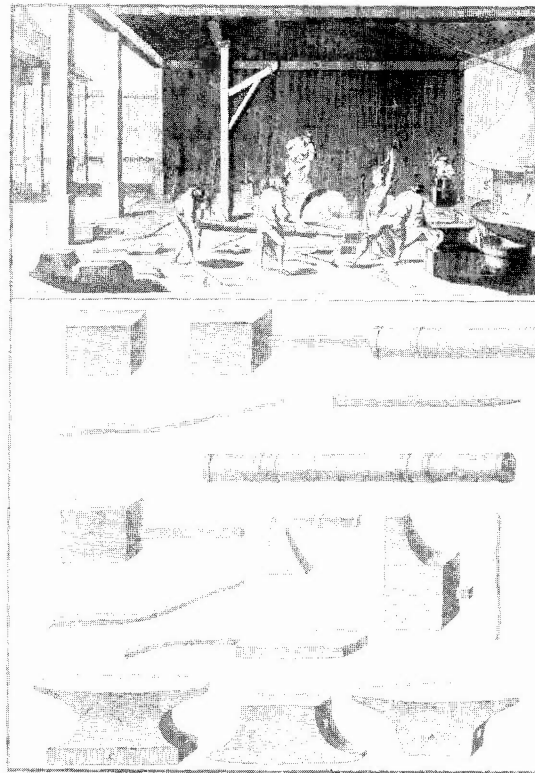
2. Citado por Robert Coles en *Simone Weil. La historia de una moderna peregrinación*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1989, p. 26.

3. Gustave Thibon, Introducción a *La gravedad y la gracia*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1953.

2. LA CONDICION OBRERA

Es necesario eliminar tanto como se pueda el sufrimiento de la vida social, pues el sufrimiento sólo sirve a la gracia y la sociedad no es una sociedad de elegidos. Siempre habrá suficiente sufrimiento para los elegidos.

S. W.



Enfrentada a una carrera llena de tropiezos y en medio de una situación difícil y cruel para los trabajadores, Simone Weil se plantea la cuestión de seguir una carrera académica, intelectual o política. Al no poder decidirse por ninguna, pide una licencia laboral por un año para "adelantar estudios personales", resuelta a conocer la vida de los obreros manufactureros. Desde 1933 había empezado a escribir artículos para publicaciones izquierdistas con destino a los obreros, tales como *Revolución proletaria*, *Nuevos cuadernos* y *Escuela emancipada*. De 1934 es la redacción del largo ensayo "Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social", que consideraría como su obra más lograda. En ella explora las condiciones que han hecho perenne la opresión en la que vive la mayor parte de los hombres, hace apuntes sobre lo que serían las condiciones de una sociedad libre y elabora un esbozo de la vida social contemporánea. Sus observaciones sobre la ciencia, convertida en ídolo por la industria moderna, y sus consideraciones sobre la técnica son de una clarividencia sorprendente, llegando incluso a señalar las ficciones ideológicas de Marx, responsables a su juicio, de muchos de los males de nuestros días. Todo esto impulsada por una fuerza de amor por la justicia, por la tierra y sus habitantes. Publicado póstumamente, a este ensayo le correspondió el privilegio de ser presentado por Albert Camus como "la aportación más valiosa después de Marx". No contenta con este desempeño, decide entrar a trabajar como obrera en contra de la opinión de algunos amigos que buscaban hacerla desistir en razón de sus precarias condiciones físicas y su frágil salud.

En diciembre de 1934 toma un trabajo como operaria en *Alsthom Electrical Works*, en París, con el propósito de superar esa dolorosa separación entre el trabajo manual y el intelectual que señalaba en el ensayo "Opresión y libertad" como una de las causas de la injusticia social. En esta fábrica permaneció cuatro meses, no obstante los severos dolores de cabeza que la ponían a prueba durante días y una afección respiratoria que le menguaba las fuerzas. Perseveró con el propósito de ver con sus propios ojos las condiciones en que se desenvolvía la vida de los obreros. Desde un inicio comienza la redacción del "Diario de fábrica" en el que consigna los diversos hechos que conforman la condición obrera: sus miserias y alegrías, la solidaridad y la tiranía de la vida fabril.

Al inicio del diario, fechado el 4 de diciembre de 1934, se lee: "No sólo es preciso que el hombre sepa qué hace, sino que, a ser posible, se dé cuenta de lo que hace, se dé cuenta de la naturaleza modificada por él. Que para cada cual su trabajo sea un objeto de contemplación". Pensamiento que pone de relieve dos de los aspectos centrales de las reflexiones de Simone Weil: la atención y la contemplación, y que constituyen precisamente una de las críticas a la velocidad que en función de la productividad del trabajo impiden la concentración y le arrebatan el sentido a lo que se hace.

En 1935 trabajó como estampadora en la fábrica *Carnaud et Forges* de Basse Indre, en Billencourt, y en junio es contratada para operar una fresadora en la fábrica Renault, de Boulogne-Billencourt. Esta experiencia la deja tan agotada que sus padres deben intervenir para llevarla a descansar a Portugal. De todos modos, el tiempo que pasa entre los obreros compartiendo sus faenas, jugando naipes en los cafés, asistiendo al cine y otras diversiones, la hacen partícipe de una suerte que ya no la abandonará. Simone Weil ahonda en el asunto de la desgracia no por alguna inclinación morbosa sino porque considera que ahí reside uno de los obstáculos mayores para la justicia social. Los escritos que recogen esta experiencia aparecen póstumamente con el título *Ensayos sobre*

la condición obrera, cuya publicación fue calurosamente apoyada por Camus en la editorial Gallimard de París, donde aparecen en 1951, con un comentario suyo en el que saluda la obra como "el más y gran noble libro aparecido tras la liberación". Similar comentario le merece a Hannah Arendt, quien en su libro *La condición humana* opina que "quizá no sea exagerado decir que *La condición obrera*, de Simone Weil, es el único libro en la enorme literatura sobre la cuestión laboral que trata el problema sin prejuicio ni sentimentalismo"⁴.

En carta dirigida a su amigo el sacerdote dominico J. M. Perrin, documento que ella misma llamó su "autobiografía intelectual", recordando el año pasado en el trabajo de fábrica, comenta: "tenía el alma y el cuerpo hechos pedazos. El contacto con la desgracia había matado mi juventud. Hasta entonces no había tenido experiencia de la desgracia; salvo de la mía, que siendo mía, me parecía poco importante, pues era biológica y no social. Sabía que había mucha desgracia en el mundo, estaba obsesionada por ella, pero jamás lo había comprobado por un contacto prolongado. Estando en la fábrica, confundida a los ojos de todos y a mis propios ojos con la masa anónima, la desgracia de los otros entró en mi carne y en mi alma. Nada me separaba, pues había olvidado realmente mi pasado y no esperaba ningún futuro, pudiendo difícilmente imaginar que sobreviviría a esas fatigas. Lo que he sufrido me ha marcado de una manera tan durable que aun hoy, cuando un ser humano, cualquiera sea, me habla sin brutalidad, no puedo dejar de tener la impresión de que se trata de un error y que desgraciadamente el error va a disiparse sin duda. Allí recibí para siempre la marca del esclavo, como la marca de hierro candente que los romanos ponían en la frente de sus esclavos más despreciados. Desde entonces siempre me he mirado como una esclava"⁵.

3. LA GRAVEDAD Y LA GRACIA

*Dos fuerzas reinan en el universo: luz y
gravedad*

S. W.

A comienzos de 1940 cuando las tropas alemanas empiezan su invasión a Europa, Simone Weil propone un "Memorándum para la formación de un

4. Hannah Arendt, *La condición humana*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1974, p. 176.

5. Simone Weil, *Espera de Dios*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1954, pp.32-33.

equipo de enfermeras en el frente", con la esperanza de participar en la lucha al lado de los soldados franceses, pero su propuesta no fue atendida. Cuando los nazis marchan sobre París, los Weil abandonan la ciudad, marchando primero a Vichy y luego a Marsella. En esta última ciudad se relaciona con un grupo de hombres y mujeres que se planteaban el problema de vincular las reformas políticas y sociales a las doctrinas cristianas con miras a una reconstrucción del país. Fue también en Marsella donde conoció al religioso dominicano J. M. Perrin, con quien solía tener largas conversaciones y junto a quien profundizó sus estudios sobre filosofía griega e hindú. Como consecuencia de los edictos que prohibían el ejercicio de la docencia a los judíos, Simone Weil entró en contacto, a través del padre Perrin, con el escritor católico Gustave Thibon, quien la acogió en su granja de Ardèche, donde trabajó durante la vendimia de 1941. Por ese entonces colabora con artículos para la revista *Cuadernos del sur* y con el grupo asociado a ella.

El 17 de mayo de 1942 los Weil abandonan Francia rumbo a Norteamérica por la ruta de Marruecos. En Casablanca, donde esperan el embarco, Simone Weil redacta algunos escritos y termina otros que le hace llegar a su amigo Perrin. Igualmente confía a Thibon algunos cuadernos que constituyen el cuerpo del libro *La gravedad y la gracia*, publicado póstumamente en Francia, en 1948. Luego de varios meses en Nueva York, solicita Simone Weil ser vinculada con el movimiento Francia Libre en Londres, a donde arriba en noviembre de 1942. Mientras espera ser enviada a Francia, estudia y redacta informes para Maurice Schuman, entre los cuales se encuentra "Raíces del existir", testamento político que redacta para la reconstrucción de la patria que tanto amó. Diezmada por el agotamiento y las dificultades, cae víctima de la tuberculosis y es trasladada a un sanatorio en las afueras de Londres. Paciente difícil, se niega a recibir más alimentos de los que se asignaba a los soldados franceses del frente. Transferida al campo, murió allí, después de manifestar alguna alegría de regresar a la naturaleza, el 24 de agosto de 1943, a los 34 años de edad. Fue sepultada en Ashford, Kent.

El legado de Simone Weil sigue siendo prácticamente desconocido entre nosotros después de transcurrido medio siglo de su muerte. Las razones tal vez saltan a la vista. En una época tan oscura y maniquea como la nuestra, su vida y su obra desconciertan e incomodan. Su pensamiento "irregular" (la expresión es de Blanchot) no encuentra lugar en ningún bando. Nadie la puede reclamar para sí, creyentes o no creyentes, progresistas o reaccionarios. Su pensamiento crítico y demoleedor siempre está afirmando y propo-

niendo acertos que no vacilan ante la contradicción y no conocen la duda. Lo sorprendente de todo esto es que una inteligencia tan clara y que se expresa en términos tan desnudos esté afincada sobre una base tan carente de certezas como la fe. Pero nada de esto la asusta; antes bien, quiso edificar un pensamiento débil para combatir la fuerza que sustenta poderes y alienta tiranías eximió a Dios del mal del mundo, llegando a afirmar que el dolor, el mal y la desgracia son formas del amor implícito de Dios. Por todo esto, entre otras cosas, consideramos que su ejemplo permanece incólume y su obra se erige como un reto a nuestro pensar acomodaticio e interesado, como la cruz que veía levantarse como el símbolo de nuestro destino sobre la tierra.

II

1. TRABAJO MANUAL Y GRAN INDUSTRIA

En sus escritos sobre Simone Weil, Madeleine Davy traza las que serían las líneas directrices de su pensamiento, a saber: la belleza y la justicia. A éstas podríamos agregar el valor absoluto del bien que Simone Weil encontró en Platón antes que en el cristianismo, todo ello animado por esa "locura de amor" que inspira todos los actos de su vida. Y es por amor a la justicia que Simone Weil pone su atención en la desgracia del mundo. Como lo afirma en carta a su amigo Joë Bousquet, "es más fácil persuadir a un perro, sin amaestramiento previo, de correr hacia un incendio y dejarse carbonizar, que dirigir voluntariamente la atención hacia la desgracia"⁶.

Es con la idea de que "nada en el mundo puede impedir al hombre sentirse nacido para la libertad, pues piensa", que Simone Weil dedica su atención al análisis de las causas de la opresión social presente en la historia más reciente. Su crítica a la fábrica como institución pilar de la sociedad contemporánea está inscrita en la crítica que realiza del marxismo, llevada a cabo con instrumentos marxistas, en sus *Ensayos sobre la condición obrera* y en las *Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social*.

A. Crítica al marxismo

Si bien Marx considera el desarrollo de las fuerzas productivas como el motor del progreso social, Simone Weil opina por el contrario que éste sólo desarrolla y amplía la opresión, pues para ella la propiedad de los medios de producción no es lo que genera la injusticia social sino precisamente la forma que adopta el trabajo en la gran industria. "A decir verdad -dice Weil-, Marx explica admirablemente el mecanismo de la opresión capitalista; pero lo explica tan bien que uno apenas puede imaginar cómo ese mecanismo podría dejar de funcionar"⁷. De ordinario sólo se suele analizar la opresión económica, es decir la extorsión de plusvalía, por lo cual la solución parece derivar de la apropiación colectiva tanto de los medios como de los frutos de la producción. Pero este análisis deja de lado el sustento de la opresión que surge de la fuente misma del trabajo fabril basado en la división del trabajo, la tecnología y la jerarquía vertical de su organización. Tal como lo reconoce Marx, "la manufactura propiamente dicha no somete sólo al trabajador a las órdenes y la disciplina del capital, sino que además establece una graduación jerárquica entre los propios obreros. Así como la cooperación simple no afecta el modo de trabajo individual, la manufactura lo revoluciona de pies a cabeza, y ataca en su raíz la fuerza de trabajo. Mutila al trabajador, hace de él algo monstruoso, al activar el desarrollo artificial de su destreza detallista, a expensas de todo un mundo de disposiciones e instintos productivos, tal como en los Estados del Plata se inmola una vaca por su cuero y su grasa"⁸. Ahora bien, Marx también reconoce que el verdadero motor de la explotación del trabajo no es el deseo desmedido del burgués por consumir y gozar, sino la necesidad imperiosa generada por la competencia de crecer más de prisa que las otras empresas. Sin interferir sobre este pilar de la opresión que es la consideración del otro como enemigo, como rival, la nueva sociedad reproduce el estigma del mal que quiere anular. De otra parte, si las empresas de cualquier índole tienen que sacrificar el consumo para acrecentar el ahorro que invertido en ellas se convierte en capital, "mientras haya sobre la superficie del globo lucha por el poder y mientras el factor decisivo de la victoria sea la producción industrial, los obreros serán explotados"⁹. La experiencia dolorosa de la revolución rusa, comenta Weil, ilustra cómo la nueva sociedad, al no cambiar

7. Simone Weil, *Opresión y libertad*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1957, p. 54.

8. Karl Marx, *El capital*, Libro I, Editorial Cartago SRL, Buenos Aires, 1973, p. 353.

9. *Opresión y Libertad op. cit.*, p. 55.

6. Citado por M. M. Davy, en "Simone Weil", Revista *Medecine de France*, No. 112, París, 1960, p. 36.

los fundamentos de la producción industrial, repitió más gravemente aún la opresión sobre los trabajadores que decía liberar.

Vistas así las cosas, la gran industria aparece como la fuente de la que emanan la explotación y la opresión sociales y nada pueden contra ellas las transformaciones políticas y jurídicas que no minen sus bases. "Así –puntualiza Simone Weil–, la completa subordinación del obrero a la empresa y a los que la dirigen se basa en la estructura de la fábrica y no en el régimen de propiedad". De la misma manera, "la separación entre las fuerzas espirituales que intervienen en la producción y el trabajo manual del trabajo intelectual", que es el fundamento de nuestra cultura de especialistas, es, en opinión de Simone Weil, fuente permanente de injusticia. Esta misma separación la ve reproducirse Simone Weil entre el movimiento obrero y sindical, generando la burocratización que en el caso soviético dio cuerpo a una de las dictaduras más infames de la historia contemporánea. "Toda nuestra civilización se funda en la especialización, lo que implica la servidumbre de los que ejecutan con respecto a los que coordinan, y sobre semejante base sólo se puede organizar y perfeccionar la opresión pero no aliviarla. Lejos de que la sociedad capitalista haya elaborado en su seno las condiciones materiales de un régimen de libertad e igualdad, la instauración de tal régimen supone una transformación previa de la producción y la cultura"¹⁰.

B. La tecnolatría materialista

La explicación para que el análisis marxista de la sociedad haya podido creer en la posibilidad de edificar una democracia efectiva sobre las bases de la civilización actual, considera Simone Weil que hay que buscarla en su teoría de las fuerzas productivas. Sabemos que para Marx este desarrollo constituye, en última instancia, el verdadero motor de la historia y que es casi ilimitado. De esta forma cada régimen social, cada clase dominante tiene como "tarea", como "misión histórica", llevar las fuerzas productivas a un grado cada vez más elevado de desarrollo, hasta el día en que todo progreso ulterior es detenido por las relaciones sociales que lo sustentan. En ese momento las fuerzas productivas se rebelan, rompen dichas relaciones y una nueva clase social se apodera del poder. "Comprobar que el régimen capitalista aplasta a millones de hombres –escribe Simone Weil– sólo permite condenarlo moralmente; constituye la condena histórica del régimen el hecho de que después de

haber permitido el progreso de la producción ahora es un obstáculo. La tarea de los revolucionarios consiste esencialmente en la emancipación, no de los hombres, sino de las fuerzas productivas"¹¹. En esta perspectiva Marx creía que el progreso técnico y científico sentaría las bases de la libertad humana y no la relación del ser humano con su trabajo y con la naturaleza sobre la que ejerce su labor transformadora. A esta suerte de tecnolatría la designa Simone Weil, religión: "El crecimiento de la gran industria hizo de las fuerzas productivas la divinidad de una especie de religión cuya influencia, a pesar suyo, sufrió Marx al elaborar su concepción de la historia"¹².

Al desmontar esta maquinaria para ver cuáles son los móviles que la animan, Simone Weil descubre cómo la concepción que de la revolución tiene Marx está desprovista de todo carácter científico. En primer lugar está la creencia en un progreso ilimitado de la ciencia y de la técnica. El asunto es capital y determina todas las perspectivas, por lo que Weil considera que hay que formularlo con la máxima precisión. A este respecto resulta importante preguntarse en qué consiste el progreso técnico y cuáles son los factores que intervienen en él. Aquí es relevante la utilización de las fuentes de energía naturales con las que cuenta el hombre para realizar sus labores. Nada permite afirmar en este terreno que la vía esté libre de obstáculos. Para tomar sólo el caso de los hidrocarburos, es cada vez más limitada su existencia si consideramos el uso extensivo de sus derivados en muchos de los procesos del mundo moderno en los que se emplean. Tratándose de bienes no renovables, nada predice que sea cada vez más fácil y económico echar mano de ellos. En esto interviene un factor de azar que es indeterminable, por lo que "desde que el azar entra en juego, la noción de progreso continuo ya no es aplicable".

De otra parte, sólo disponemos de un recurso que permite disminuir la cantidad de esfuerzo humano, factor que en el lenguaje tecnocrático se denomina racionalización del trabajo. Asunto bien difícil de resolver si tiene un desarrollo ilimitado y más aún, determinar si su límite natural se encuentra lejos o ya ha sido rebasado.

Al proceso de racionalización del trabajo lo denomina Simone Weil la segunda revolución industrial. La primera se define por la utilización científica de la materia inerte y de las fuerzas de la naturaleza, y la segunda por la utilización científica de la materia viva, es decir, de los hombres.

11. *Ibid.*, p. 57.

12. *Ibid.*, p. 59.

10. *Ibid.*, pp. 56-57.

Para la época en que Simone Weil hace su crítica de la fábrica, racionalidad era sinónimo de taylorización de la producción, en razón de los trabajos realizados por Taylor en los Estados Unidos, bautizados por él mismo como "organización científica del trabajo". El prestigio aún vigente de "lo científico" sirve como mampara para ocultar los fines reales de tales investigaciones. Pero Taylor, antes que un científico, era un contraamaestre, de esos que se creen predestinados a servir de "perros guardianes del patrono". Su idea fundamental consistió en una nueva organización de las fábricas basada en un trabajo desglosado en ciclos. Gracias a los servicios prestados a los empresarios, Taylor bien pronto se convirtió en director. Desde su nuevo punto de observación su obsesión constante fue la de acelerar continuamente la cadencia de los obreros. Con el recurso de un laboratorio de procesos de operatividad y un elenco de ingenieros, obtuvo las fórmulas matemáticas que proporcionan las relaciones más económicas entre la profundidad de las cadenas de serie y el avance y la rapidez de los ciclos. Su gran preocupación era la de evitar a toda costa la pérdida de tiempo durante la jornada de trabajo. Así, concibió y organizó progresivamente el control de los métodos de fabricación, el control de los tiempos que regían cada operación, la división del trabajo entre los jefes técnicos y el sistema particular de trabajo a destajo con primas. A este respecto comenta Weil: "Para Taylor, no se trataba de someter los métodos de producción al examen de la razón, o por lo menos esta preocupación sólo venía en segundo lugar, su deseo primordial era encontrar los medios para forzar a los obreros a entregar a la fábrica el máximo de su capacidad de trabajo. El laboratorio era para él un medio de investigación, pero sobre todo un instrumento de coacción"¹³.

La técnica para sacar estos ritmos y estas cadencias fue el cronometraje de los diversos procesos, y así nació el cargo de cronometrador, que se sumó al de contralor, contraamaestre, etc. El sistema de primas, de otra parte, beneficiaba a los obreros más productivos, esto es, a aquellos que entregaran mayor número de piezas por hora de trabajo en detrimento de los demás, factor que, según Weil, quiebra la media de la productividad y, sobre todo, la solidaridad de los trabajadores.

Los trabajadores de Taylor, iniciados hacia 1880 e incorporados a las fábricas en las primeras décadas de este siglo, los sintetiza Simone Weil cuando dice: "Los contraamaestres del Egipto faraónico tenían látigos para obligar a los obreros a trabajar: -Taylor más fino y educado- reemplazó el látigo por las oficinas y

laboratorios bajo la capa de la ciencia como encubridora del crimen".

Después de Taylor surgió el trabajo en cadena, inventado por Ford, que suprimió en cierta medida el trabajo por piezas y a primas, incluso en las fábricas. La cadena, en su origen, era simplemente un procedimiento de manutención mecánica. En la práctica, se ha convertido en un método perfeccionado para sacar de los obreros el máximo trabajo en el menor tiempo. El sistema de montajes en cadena ha permitido reemplazar a los operarios calificados por peones especializados en trabajos en serie, en los cuales, lejos de realizar un trabajo calificado, no se debe hacer más que ejecutar un cierto número de gestos mecánicos que se van repitiendo continuamente.

Este sistema ha reducido, además, a los obreros al estado de moléculas, si no de átomos por así decirlo, constituyendo una especie de estructura atómica en las fábricas. Lo cual ha sido sin duda uno de los propósitos esenciales de Taylor: dirigirse al obrero individualmente; considerar en él solamente al individuo. Lo cual quiere decir que es preciso destruir la solidaridad obrera por medio de las primas y la competencia. Todo esto, dice Simone Weil, conduce a la soledad moral, uno de los rasgos más sobresalientes que observara ella en su experiencia fabril.

Este fenómeno, aunado a la monotonía que le es propia, acrecienta la disminución moral del obrero, que en últimas beneficia al patrón, como lo expresara ingenuamente Ford: "Es excelente tener obreros que se entiendan bien, pero no hace falta que se entiendan demasiado, porque ello hace disminuir el espíritu de competencia y de emulación que es indispensable para la producción". El objetivo real de la racionalización del trabajo, tal como lo formuló Taylor, era "destruir la resistencia de los trabajadores". Aquí el tiempo hace las veces de férula. Al imponer tales movimientos en tantos segundos, o tales otros en tantos minutos, es evidente que no le queda al obrero ningún poder de resistencia. Esto dió pie a Taylor para desarrollar otra rama de la ciencia productiva: la psicotecnia, que permite definir cuáles son las mejores condiciones psicológicas posibles para tal o cual trabajo, y en últimas medir los límites de la fatiga. De esta forma, y con el recurso de otros "científicos", los psicotécnicos, y más recientemente los psicólogos industriales, los empresarios pueden decir que tienen la comprobación empírica de que no hacen sufrir a los obreros. Les basta con invocar a los sabios. Pero como lo recuerda irónicamente Simone Weil, "es preciso desconfiar de los sabios, porque en la mayoría de ocasiones no son sinceros. Nada es más fácil para un industrial que comprar un sabio".

13. Simone Weil, *Ensayo sobre la condición obrera*, Ediciones Nova Terra, Barcelona, 1962, p. 178.

C. El opio de los intelectuales

El perfeccionamiento de la maquinaria totalitaria ha tenido en la opinión de Simone Weil un aliado cómplice en el concepto de *revolución*, "palabra por la cual se mata, se muere, se envían las masas populares a la muerte, pero que no tiene ningún contenido". Cuando en verdad "lo que le pediríamos a la revolución es la abolición de la opresión social", lo que vemos como dinamizador de tal fenómeno es la lucha por el poder, que es precisamente el corazón del mal que se quiere combatir; ídolo al que ya se le han ofrecido demasiados holocaustos.

La revolución se ha convertido desde hace dos siglos en una palabra mágica que parece capaz de compensar todos los sufrimientos, de satisfacer todas las inquietudes, de vengar el pasado, remediar las desgracias presentes, resumir todas las posibilidades del futuro. Desde 1789, cada generación creyó en su juventud ser la llamada a realizar la verdadera revolución; luego envejece y ve morir sus esperanzas, pero esto no impide a la generación que la reemplaza recibir el relevo de la esperanza revolucionaria. Esta palabra, por desgracia, aún parece encerrar la solución a todos los problemas. El obrero que en la fábrica, reducido a una obediencia pasiva, a un trabajo monótono y gris, "encuentra largo el tiempo", o que no se cree hecho para el trabajo manual, o que es perseguido por un jefe, o que sufre, a la salida de la fábrica, por no poder procurarse tal o cual placer ofrecido a los ricos, sueña con la revolución. El pequeño comerciante sin suerte, el rentista arruinado, dirigen sus miradas hacia la revolución. El adolescente burgués en rebelión contra el medio familiar y la obligación escolar, el intelectual deseoso de aventuras y que se aburre, sueñan con la revolución. La mayoría de los hombres y mujeres que tienen arraigado en el corazón la libertad, la igualdad, el bienestar general, y sufren al ver las miserias e injusticias de la sociedad moderna, esperan una revolución. Pero como común denominador de tales salidas encontramos más bien un concepto de revolución que, más que un cúmulo de problemas por resolver, lo que parece es el milagro que dispense de resolver los problemas. En últimas, lo que encubre la revolución es una base de violencia y retaliación que no creemos que genere el clima apropiado para ver nacer todo lo que se desea realizar una vez sucedida la revolución.

Si la gran ilusión de Marx y sus seguidores era la vuelta al paraíso perdido —el arribo a una situación ideal donde máquinas de movimiento perpetuo, que no se sabe por qué acuerdo providencial no necesitarían de abastecimiento ni control, suministrarían a

unos hombres y mujeres entregados al ocio dádivas sin fin— la otra gran mentira, según anota Simone Weil, es el señalamiento de la clase obrera como gestora de la ciudad de Dios en la tierra. Sobre este tópico, se pregunta Weil cómo pudo creer Marx que un sistema esclavista puede formar hombres libres. Esto, que parecería impío formularlo tras contemplar los profundos sufrimientos que han tenido que padecer los países de la desaparecida área socialista, entregados ahora a las garras del capitalismo salvaje, no es sino la constatación de la caída de otro de los ídolos que como espejismos han movido a los hombres, embelesados por los fulgores de la Ilustración que tantas esperanzas ha traicionado.

D. Una temporada en el infierno

Decíamos antes que con el propósito de "adelantar estudios personales" Simone Weil vivió la experiencia obrera por cerca de un año, cuyos escritos fueron recogidos póstumamente en su libro *Ensayos sobre la condición obrera*. En una carta de ese período alude Weil al contraste entre lo que había pensado y lo que ahora le tocaba vivir: "He querido decir que todas las razones exteriores (que antes creía yo interiores) sobre las cuales se basaba el sentimiento de mi dignidad y el respeto a mí misma, en dos o tres semanas han sido radicalmente destrozadas bajo el golpe de una presión brutal y cotidiana. Y no creas que me haya suscitado movimiento de rebelión. No, vivo todo lo contrario, la cosa que más lejos estaba de soñar: la docilidad. Una docilidad de bestia de tiro resignada. Me parecía que había nacido para esperar, para recibir, para ejecutar órdenes —que toda la vida no había hecho más que esto—, que nunca haría nada más. No me siento orgullosa de confesarlo. Este es el tipo de sufrimiento del cual ningún obrero habla jamás: duele demasiado, incluso pensarlo"¹⁴.

No obstante reconocer Simone Weil que "la fábrica podría llenar el alma con el poderoso sentimiento de la vida colectiva que otorga al obrero su participación en el trabajo de una gran industria", donde los ruidos y el ritmo son como la respiración del trabajo, la realidad es que "uno se siente perdido en medio de este gran rumor, pero al mismo tiempo tiene la sensación de que lo domina". El reloj de control, la velocidad, la monotonía de los gestos y la repetición de los mismos. la disponibilidad para cambiar de oficio, la ignorancia del proceso total, la forma de la paga; todo —dice Weil— conspira para hacer penoso el trabajo fabril.

14. *Ibid.*, p. 22.

"El primer detalle que llega a lo largo del día para hacer bien sensible esta servidumbre es el reloj de control de fichaje". Este se convierte en el día laboral de un obrero en "el primer aviso de una ley cuya brutalidad domina toda la parte de la vida pasada entre las máquinas; el azar no tiene carta de ciudadanía en la fábrica".

Según la lógica de la fábrica, no hay órdenes contradictorias, pero sí hay algo que enfatiza la humillación, y es la forma como se reciben las órdenes. A menudo se niega que los obreros sufran la monotonía del trabajo, alegando que cualquier cambio también los contraría. Y ambas cosas son ciertas. "El hastío invade el alma, a lo largo de un período prolongado de trabajo monótono. El cambio produce al mismo tiempo alivio y contrariedad", incluso viva contrariedad cuando el trabajo es a destajo, a causa de la disminución del beneficio. Por lo general el cambio obedece al principio de disponibilidad que rige para la fuerza de trabajo fabril. Se debe abandonar de inmediato una acción para obedecer la orden de emprender otra. Desde que se timbra la tarjeta de control en el reloj hasta que se la ficha de nuevo al salir, a cada instante se debe estar dispuesto a recibir órdenes. En virtud de una orden, hombres o mujeres pasan a ejecutar cinco o seis gestos simples repetidos indefinidamente a razón de uno por segundo, por término medio, sin otro respiro que algunas carreras ansiosas en busca de una herramienta, una caja, o un capataz, hasta el segundo preciso en que un jefe llega para llevarse de alguna forma a aquellos hombres o mujeres como si fueran objetos, para ponerlos delante de otra máquina; y allí quedarán hasta que se los lleven a otra parte. En cada fase de este proceso, la sucesión de los gestos no se designa en el lenguaje de la fábrica con la palabra ritmo, sino con otro término altamente evocador, *cadencia*, y la expresión es justa, ya que nada es tan arrítmico como esta sucesión. El espectáculo de los peones frente a las máquinas "proporciona la impresión de una precipitación miserable, carente de gracia y dignidad". Como lo puso de presente Chaplin en algunas de sus parodias mudas, cuando luego de la jornada laboral sale repitiendo los mismos gestos como una autónoma. Frente a esta situación comenta Simone Weil: "Es algo natural y conveniente para el hombre que pare, de vez en cuando, durante la ejecución de alguna cosa, para tomar conciencia de lo que hace, como hizo dios, tal como se refiere en el Génesis; este relámpago de pensamiento, de inmovilidad y de equilibrio, es lo que se debe aprender a suprimir completamente en las fábricas cuando se trabaja. Después de un día pasado de esta forma, un obrero tiene una sola queja, una queja que jamás llega a los hom-

bres que son ajenos a su condición y a los cuales nada les diría si llegase a sus oídos; sencillamente ha encontrado el tiempo excesivamente largo. Una experiencia del tiempo tal es el exilio, el desarraigo, un destierro que no tiene otra traducción que el malestar y la abominación del trabajo.

Todo esto tendría redención si se tratara de un trabajo útil. Pero qué decir de tantos trabajos absurdos, inocuos, donde el trabajador se desposee de sentido a medida que lo realiza. El obrero que ignora lo que produce, o incluso el que es consciente de que produce armas, venenos o artículos letales, se gasta en la fábrica, a veces hasta el límite extremo, deja allí lo mejor que hay en él: su facultad de pensar, de sentir, de moverse; lo gasta, ya que está vacío cuando sale y, a pesar de todo, no ha puesto nada de sí en el producto, nada de sí mismo, ni pensamiento, ni sentimiento, ni incluso sentido. Su vida sale de él, sin dejar huella alguna a su alrededor. La fábrica es la que crea objetos útiles, no él. Y, además de esto, está la paga, que se recibe muchas veces no como un derecho, sino como una limosna, cuando no se hace sentir como un favor, porque se tiene un puesto, ya que el desempleo es la amenaza para el que contravenga la ley de las "cárceles atenuadas" que son y continúan siendo hoy día las fábricas.

Hay que decir que esta experiencia se refiere al trabajo no especializado (sobre todo el de las mujeres de su época), situación que por lo demás ya se reconocía desde los tiempos de Adam Smith, sin que las cosas hayan cambiado mucho. "Las manufacturas prosperan más cuanto menos se consulta a la mente, y donde el taller puede... considerarse una máquina cuyas piezas son hombres"¹⁵.

Así, se pregunta Simone Weil, ¿cómo esperar que de una clase esclavizada pueda llegar la salida de la opresión cuando lo que se ha visto es un mero relevo de poderes que atrapados en lo que Hegel llama la dialéctica del amo y el esclavo, lo que buscan es el momento de la revancha y gozar de los deleites del poder que pueden ejercer sobre los demás?

E. Raíces del existir

Todos estos ensayos escritos durante uno de los períodos más difíciles del siglo que termina pueden aparecer como las exageraciones histéricas de una mujer débil, pero a veces hace falta exagerar para dar con la escala verdadera de un mundo en crisis que de nuevo se ve desgarrado por la guerra y la miseria.

15. A. Ferguson, *History of Civil Society*, Edimburgo, 1767, citado por Karl Marx en *El Capital*, op. cit., p. 354.

Desde luego que Simone Weil matizó sus posturas frente a la pobreza obrera desde su actitud religiosa, pero eso no la hizo menos combativa frente a la injusticia social. Sus últimas fuerzas las consigné en un documento que entregó al movimiento Francia Libre de Londres para la reconstrucción de su país. En él desarrolla sus ideas sobre las necesidades del alma y realiza un análisis de amplias miras en torno al mal de la época: el desarraigo. Desarraigo obrero, desarraigo campesino, desarraigo y nación; del cual deduce, "el arraigo es quizá la necesidad más importante y más desconocida del alma humana". Estar arraigado significa participar en la vida de una comunidad grande o pequeña: familia, profesión, ciudad, nación, comunidades internacionales. Todas ellas pueden servir de puente para que el hombre cumpla su destino y dé sentido a su vida. En sus páginas, Simone Weil se propone un problema tremendo: cómo insuflar un nuevo espíritu a un pueblo. No se trata de propaganda, sino de despertar algo que yace dormido en el fondo de la conciencia, invitando a la reflexión, provocando la lucidez. "Cuatro obstáculos —escribe— sobre todo nos separan de una forma de civilización capaz de poseer algún valor: nuestra falsa concepción de la grandeza, la degradación del sentimiento de justicia, nuestra idolatría del dinero y la ausencia en nosotros de inspiración religiosa"¹⁶. Luchar contra estos obstáculos implicaría una reforma del sistema educativo, factor grande de desarraigo, en particular sobre el estudio de la historia y de las ciencias; reorganizar la policía y el sistema penal, plantear en sus verdaderos términos las relaciones entre la religión y la ciencia, pero sobre todo, "espiritualizar el trabajo manual". A propósito de este último, afirma Simone Weil, "la muerte y el trabajo son necesidades y no opciones... pueden sufrirse en su verdad desnuda o revestidos de mentira". Por esta razón, después del consentimiento de la muerte, agrega, la aceptación de la ley que hace indispensable el trabajo para la conservación de la vida es el acto más perfecto de obediencia que le sea dado cumplir al hombre. En consecuencia, todas las otras actividades humanas son inferiores al trabajo físico en significación espiritual. Para luego concluir: "Es fácil definir el lugar que debe ocupar el trabajo físico en una vida social bien ordenada. Debe ser su centro espiritual"¹⁷.

Este valor del trabajo manual es en cierta manera simbólico para la filosofía social de Simone Weil, ya que expresa la relación directa mediante la cual el

hombre original (genérico, en palabras del joven Marx) entra en contacto con la naturaleza. De esta forma, la antigua maldición del Génesis bíblico podría ser superada, al ser el trabajo en esta perspectiva, no una marca de esclavitud y un castigo, sino una fuente de nobleza; pues es por el trabajo como simultáneamente el hombre se habría liberado de las servidumbres naturales y conocido la fraternidad.

Desde la perspectiva de Simone Weil se trata de saber "si puede concebirse una organización de la producción que, aunque impotente para eliminar las necesidades naturales y la presión social que resulta de ellas, les permitiría al menos ejercerse sin aplastar bajo la opresión a los espíritus y los cuerpos". Y ya que "muchas partes del mal social ha venido de las fábricas, es allí, en las fábricas, donde hay que corregirlo. Hacerlo es difícil, pero no imposible. Haría falta —para empezar— que los especialistas, ingenieros y demás se empeñasen no sólo en construir objetos, sino también en no destruir hombres. Sería preciso que se empeñaran, no en hacerlos dóciles, ni incluso felices, sino simplemente en no obligar a ninguno de ellos a envejecer". Estas ideas apenas esbozadas y que bien pueden aparecer ingenuas a cualquier tecnócrata que se respete, son de todos modos iluminaciones que pueden señalar algunos caminos ante la encrucijada que enfrenta nuestra época.

Como coincidimos con el juicio de Gustave Thibon en el sentido de que "los textos de Simone Weil pertenecen a esa categoría de grandes obras que el comentario sólo puede debilitar o traicionar"¹⁸, las líneas anteriores no pretenden cosa distinta que invitar a su lectura y reflexión, invitación que T. S. Eliot formula así: "expongámonos a la personalidad de una mujer genial" ♡

16. Simone Weil, *Raíces del existir*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1954, p. 219.

17. *Ibid.* p. 298.

18. Gustave Thibon, *op. cit.*, p. 19.